

LA SOLEDAD  
TRAS EL RUIDO  
DE FONDO

Alejandro  
López  
Pomares



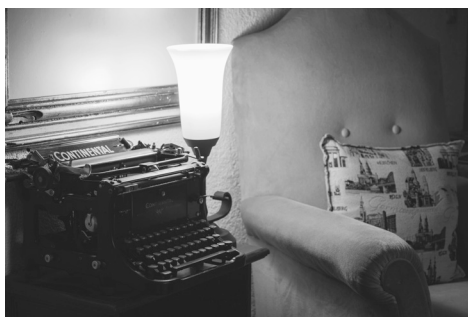


# LA SOLEDAD TRAS EL RUIDO DE FONDO



Alejandro López Pomares

# LA SOLEDAD TRAS EL RUIDO DE FONDO



ARS  POETICA



Alejandro López Pomares

# LA SOLEDAD TRAS EL RUIDO DE FONDO

colección

| ARS NOVA |

ARS  POETICA  
*boutique de poesía*

*La soledad tras el ruido de fondo*  
Alejandro López Pomares

Colección: ARS NOVA  
Dirección editorial: Ilija Galán

© 2019 Alejandro López Pomares  
© 2019 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S. L.  
[Sociedad editora]  
c/Palacio Valdés, 3-5, 1ºC  
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)  
Tel. (Cent.): (+34) 984 300 233  
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: octubre, 2019

ISBN: 978-84-17691-78-3  
Depósito Legal: AS 02282-2019

Impreso en España  
Impreso por Podiprint

*Todos los derechos reservados.*

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*



«El ruido de las hojas, tan tenue,  
parecido al de la lluvia».

(Michel Butor, *La modificación*)



PRÓLOGO

TODO EXISTE Y NADA PERMANECE

Por José Luis Zerón Huguet

*La soledad tras el ruido de fondo* es el primer libro de poemas de Alejandro López Pomares pero no su debut literario, ya que es autor de la novela corta *La mirada perdida*, editada por Celesta en 2017. Poco bagaje literario, sin duda, para un autor que supera la treintena de edad en estos tiempos de prolíficos adolescentes letraheridos; pero es que Alejandro — puedo dar fe de ello puesto que yo he tenido el privilegio de conocer sus dos libros cuando aún estaban en proceso de desarrollo — es un autor exigente, sumamente meticuloso, que evita cualquier precipitación y rehúye los desvíos fáciles. Conozco a Alejandro en todo su ser y estar como autor, y de sus cualidades resalto dos que creo fundamentales para el desarro-

lo futuro de su obra: la primera es que su mirada no se queda en la superficie de las cosas y se adentra más allá de lo visible o presumible para descubrir la realidad intensa y —no por oculta menos verdadera—, concibiendo la poesía como un pensamiento en proceso unido a la emoción vital. La segunda, y esto acaso sea lo más gratificante para mí —y espero que para el lector—, es su convicción en el poder salvífico de la palabra (demasiadas veces cuestionado, y hoy, si cabe, más todavía), lo que le facilita una apertura hacia la profundidad del ser, así como una inclinación hacia las fibras más misteriosas de esa aventura continua que significa existir. Alejandro une en su escritura lo esencial y lo transitorio evitando un peligro tan frecuente en la poesía de nuestros días como es enredarse en la anécdota.

Quiero decir, sobre todo, que leyendo este nuevo libro de Alejandro he vuelto a experimentar la grata sorpresa, la reveladora experiencia, que me supuso conocer su novela, y me atrevo a decir que las dos obras comparten además de un fuerte aliento lírico, un entrañado intimismo. Pero en uno y otro libro el autor nunca pierde de vista la realidad objetiva. Escruta la fisicidad del mundo con una aguda conciencia lingüística y una preferencia por la trama bien trenzada, flexible y exacta. La escritura de Alejandro está enmarcada en esa tradición simbolista que llega a nuestros días filtrada por las vanguardias y que fusiona intuición y pensamiento como

respuesta a la propuesta meramente figurativa de los realismos, si bien tampoco es ajena al discurso transversal e integrador del posmodernismo.

Este libro que prologo es rico en significaciones conceptuales, ecos referenciales y procedimientos líricos, entre los que destacan lo inusual de algunas asociaciones (tanteando el irracionalismo pero sin caer en él) y la intensidad de las imágenes, así como comparaciones y metáforas enriquecidas con elementos oníricos y juegos de lenguaje. Se caracterizan estos poemas por un continuo diálogo entre la explicitación fenomenológica y la exploración metafísica en un lugar, donde es posible la reflexión y el canto (en ocasiones más pretendido que hallado, más intemperie que morada), donde el poeta, expuesto a sí mismo con todas sus dudas y convicciones, asiste a un proceso de choque en el que los contrarios luchan y se reconcilian. Y en este *lugar* resulta fundamental la *Flânerie*, el caminar errante que posibilita el encuentro del poeta consigo mismo, con los otros y con el paisaje que le rodea, bien sea este urbano o natural. Resulta inevitable no relacionar las preguntas sin respuestas prefijadas, las búsquedas y aceptaciones, los descubrimientos y renunciaciones de este poemario con las caminatas visionarias de Baudelaire, las aventuras deambulatorias de Walter Benjamin, Robert Walser o W. G. Sebald y las derivas de los surrealistas en busca del azar objetivo.

La presencia de la música también es muy importante en este libro. El autor crea un cuerpo verbal sonoro, rico en matices e inflexiones, a través de un verso libre, sin discursos métricos ni fonéticos, pero con un ritmo marcado a través de repeticiones, recurrencias, superposiciones de temas y contrastes, ambivalencias de fuerzas contrarias o contrapuestas y una puntuación nada convencional, pero no caprichosa, ya que se adapta bien a las exigencias de un fraseo nervioso (alternancia de versos cortos y otros más largos de corte versicular), vivo, intenso, en consonancia con la mutación constante de los modos de comunicación y estilos de vida de nuestro tiempo.

No me parece tarea fácil apreciar todo esto que destaco en una lectura poco atenta o incompleta del libro. Creo, y así lo aconsejo, que hay que leer este poemario en su conjunto, o sea de manera unitaria; y si es posible, más de una vez. Creo que es así como se puede llegar hasta el contenido y detectar los aparejos lingüísticos y el tejido rítmico que lo sustentan.

Ya el título mismo resulta sugerente: *La soledad tras el ruido de fondo*. Se trata del diario de un personaje hipersensible, introspectivo -a veces visionario-, cuyo modo diferente de ver y entender el mundo le induce, desde el estupor y el asombro, a una épica de resistencia o de subsistencia cotidiana. La épica del antihéroe que se manifiesta a través de la estética, desde una soledad no solipsista (a pesar de algunas

aisladas dosis de hermetismo), pues en las zonas de más aparente ensimismamiento de este poemario se produce siempre una variante comunicativa. Este libro reniega de la realidad acanallada y de la chatura de lo acostumbrado y gregario, pero sin renunciar a la otredad, es decir, a la colisión de conciencias que también luchan contra el tiempo, la pérdida y la muerte. De ahí la alternancia de voces en algunos poemas. La soledad apenas aparece nombrada pero es una presencia constante que genera temores, dudas y también arranques de coraje en todo el libro. Una soledad que solo puede ser parcial, nunca absoluta, ya que, en mayor o menor medida, el retiro interior siempre estará condicionado por el ruido de fondo de la realidad, ese sonido de origen incierto, difuso y, por lo general imperceptible para los sentidos, pero sumamente influyente en el devenir de cualquier sujeto en su entorno. Ese rumor inevitable, llevado al plano simbólico, perturba nuestras convicciones, entorpece la contemplación, pero facilita la alerta, tan necesaria en el hecho poético. Esas voces confusas o sonidos a modo de llamadas reiterativas de no se sabe qué, y que cada cual otorgará un nombre (azar, conciencia, destino, Dios, sino, porvenir...) condicionan nuestra existencia, supeditada a una interrogación constante y a una percepción aturdida. Experiencia esta que tan acertadamente han sabido expresar cineastas admirados por Alejandro como Tarkovski, Bela Tarr, Lars Von

Trier o Bergman. Y no es casual, por otra parte, que se interese por el campo de los paisajes sonoros y que él mismo los produzca.

Llegados a este punto habría que hablar del tema o los temas que constituyen *La soledad tras el ruido de fondo* y de su estructura. Alejandro López Pomares no reúne una mera recopilación de fragmentos poéticos, sino que concibe un conjunto homogéneo dividido en cuatro partes sin título que toma la forma de un recorrido circular. El sujeto lírico, al que podemos considerar un alter ego del autor, se expresa en primera persona desde la digresión, el monólogo interior y el flujo de conciencia principalmente para contarnos un trayecto íntimo («una huida por despecho ante todo y ante uno mismo», como me confirma) que podríamos calificar de iniciático. El libro se abre y se cierra con una oda y una coda y está dividido en cuatro partes. Cada una de ellas alude a un plano de la existencia al que el protagonista se enfrenta a través de la duda y la exploración. Los distintos apartados constan de cuatro poemas que cierran y abren un nuevo capítulo mediante composiciones definitivas y numeradas llamadas fugas. El autor juega con la ambivalencia del término: fuga como huida y también como pretensión de transponer dicha manifestación musical a la forma del poema. La oda representa al carácter exaltado del poemario y la exposición de sensaciones, pulsiones y sentimientos que irán



sucedándose en cada uno de los poemas. Este pórtico nos introduce en el primero de los apartados, en el que se habla de las relaciones entre el sujeto lírico y una mujer, concretamente las desavenencias que impelen al protagonista a marcharse solo:

*Se abrazó a mí, sin embargo, y no notó nada  
la puerta trató de delatarme al abrirla  
Pero la cortante respiración  
nerviosa de pasión de abrazarme  
siguió su camino de rosas  
y yo tomé el mío  
camino a no sé dónde  
camino a perderme.*

(...)

*Camino sin fondo en la noche devora mis pasos  
como a ti misma tú misma te hieres,  
la puerta chirría  
la puerta se cierra entre nosotros.*

En el segundo apartado, después del desencuentro, el protagonista de esta particular odisea vaga por la ciudad y busca el calor de los otros. La poética errante termina creando desarraigo y vacío, pero también una percepción del mundo sometido a la formidable danza de Eros y Tánatos, con el consiguiente acarreo de nacimientos y pérdidas: «Ahora pienso que todo existe y nada permanece». En la segunda Fuga solo se escucha la voz de la multitud, el caos de otras

existencias. El poema logra, a través de repeticiones, paralelismos, enumeraciones, anáforas y yuxtaposiciones de imágenes visionarias, un clima de angustia, confusión, desapego y anomia bulliciosa y alucinada.

En el tercer apartado hay un giro de tuerca expresivo y conceptual y la voz del poeta busca asideros en su deriva, respuestas esperanzadas por las que merezca la pena seguir adelante. La huida toma cuerpo de éxodo en busca de una tierra prometida y el lenguaje adquiere una connotación religiosa. Se percibe la fragilidad del poeta, su desamparo, su naturaleza asediada por un sentimiento poderoso de pérdida:

*Viejo soy de vagar a tientas  
por aceras deshechas  
por vientos y mareas altas,  
mi única luz tras los cristales de los hogares  
de candente  
se difumina al verme,  
(...)*

*Mi legado me persigue y a gritos me repite su deslealtad,  
la tierra se evapora bajo mis dedos  
huele a lágrima  
y a escombros  
y a campo de batalla abandonado en la penumbra.  
Mírame en esta foto, ¿quién he sido?*

En la fuga tercera el protagonista queda expuesto a la más absoluta intemperie tras huir de un templo o una igle-

sia que no le ha proporcionado el sosiego buscado ni las respuestas esperadas. Su grito interior de desamparo es tan sonoro – «sigo sin saber de qué lado estaba mi lado/sigo sin saber...»– que es recriminado con el imperativo insolidario de quienes sí se sienten cobijados: «pssss, silencio,/estamos rezando...».

Entonces el poeta implora y le responden:

*¡No tengo tiempo! -Gritó Dios...  
... me convierto en pasado al instante...*

En el cuarto y último apartado surge el destino como único asidero. El protagonista regresa de su huida; pero se encuentra con una ciudad muy cambiada que le resulta espectral. Y es entonces cuando aparece la muerte y la necesidad del poeta enfrentarse a ella a través de una lucha infructuosa, ya que la Parca es dueña del destino final:

*Frío de soledad,  
murmura más fuerte  
me acerco, la encuentro tapada mirada de anciana a sus manos  
[perpetuas  
la llamo reclamo su lento grito desesperado  
la parca que nada entiende ante sus hermanas muertas  
y su propio hilo  
que yo le dejo  
al fin  
entre sus manos.*

La coda es una recapitulación de todo lo acontecido. Reúne referentes de las cuatro fugas y refuerza la estructura circular del libro. Después de su viaje o catábasis existencial, el protagonista regresa a la vida cotidiana y busca consuelo en la normalidad de sus actos rutinarios y en su capacidad perceptiva. Ha resuelto algunas dudas, pero se enfrentará a nuevas incertidumbres como tributo previo para asumir su identidad con todas sus consecuencias, no siempre confortables y a menudo autodestructivas. Él mismo se pregunta cuánto tiempo ha pasado, pues no hay indicios de la duración del viaje: «ayer fue ayer y hoy ya es ayer y mañana» leemos en el poema 'Principio y el fin de tus contornos', que induce a recordar los célebres versos de T.S Eliot de *Los cuatro cuartetos*:

*El tiempo presente y el tiempo pasado  
acaso estén presentes en el tiempo futuro  
y tal vez al futuro lo contenga el pasado.  
Si todo tiempo es un presente eterno  
todo tiempo es irredimible.*

Y es que las formas del tiempo en este libro se entrecruzan o se enlazan con una circularidad compulsiva: un ouroboros que evidencia las diferencias y semejanzas de un tiempo-ahora siempre presente.

Por último, el protagonista se mira en el espejo y dice: «este soy yo, creo» (anteriormente había escrito «y yo solo al-

guien que se ahoga»), y con esta frase concluye el poemario. El yo poético regresa a la zona iluminada para volver a extraviarse en el reconocimiento dubitativo de sí mismo, o al menos esa es la conclusión que yo extraigo de los versos finales.

Esta síntesis general a modo de explicación es solo aproximativa. No es un poemario que necesite explicaciones, ya que basa su fuerza de atracción en un carácter elíptico y una propuesta plural. Expresa más que cuenta, dice más que explica. La misión de su discurso es receptiva e intuitiva, o al menos no propone y archiva contenidos; por eso creo que solo un proceso de eiségesis, podrá entender y compartir la mística de este viaje identitario a través de un lenguaje no cifrado o realmente hermético, sino más propiamente alucinado. De manera que este libro busca un lector activo que no necesite mediadores; un lector dispuesto a acompañar al autor en su trayecto hacia la perplejidad; un lector extrañado e incisivo que, como el poeta, pueda profundizar en la razón existencial sintiéndose un repatriado, que sea capaz de amar y cuestionar apasionadamente el lugar que la poesía funda, asediado por la cuestiones vitales y superfluas que erosionan el sentido profundo de lo humano.

En suma, invito al posible lector a abordar estos poemas no siempre placenteros, en ocasiones desolados, desde la comprensión del acto creativo como un proceso de escisio-

nes, ambigüedades, ardidés y laberintos, pero también como el testimonio fidedigno de una escritura vital en la que lo vivido y lo poetizado (también caben lo deseado y lo inventado) constituyen un tupido entramado de voces en fuga.

# ODA

Loca  
es que esos ojos...  
camino andante paralelo a tu presente  
resuenan recorro los ecos de los pasos que has dado  
a legajos mi piel  
fachadas taludes encauzan mi aliento  
une vibrante sobre el aire  
mi boca  
donde inunda cueva infierno de dudas  
la duda  
tu boca  
sobre el suelo que pisamos  
grita el cielo roto a pedazos  
cristales reflejo de nuestros puntos de fuga  
el aire sin ventanas que lo besen  
entre tus ojos y lo que queda de mi mirada  
es que esos ojos  
es que esos...  
esos segundos que planean  
sobre la vida en fotogramas  
se aferran a la tierra  
en tinieblas la duda tu boca  
aprieto los dientes  
de una pisada a la otra  
ojos de loca

dejarán tus ojos sangre en mi labios  
mirada de paso  
mi herida  
en deuda con el tiempo  
puñado de arena que cae desliza y nuestras manos raíces  
quiebran  
crujen cristales pedazos de cielo reflejos de risas y sueños  
caminan lentos  
y el aire tan fresco y tan húmedo y esos ojos...  
de una acera a la otra...  
me encierran en mi duda siembran de pánico mi boca  
mi sombra permanece quieta en su esquina cara de burla  
mi cueva  
y la vida se ensaña señalando el horizonte en mi espalda  
se pierde en su largo camino.



Como dos espejos mirándose cara a cara...

## LOS MISMOS DOS LADOS DE UNA CAMA

Represento a la nostalgia  
que ocupa mi mismo lado  
a tu otro lado de la cama.  
Con un dedo toqué suave el agua  
y me inundó.  
¿No te reconoces?  
Eres tú quien está detrás.  
El reflejo, ¡mira!  
No, no me reconozco  
mientras tiemble mi silueta,  
este cielo a pinceladas.  
Existe en el fondo una concha que será roca  
que será montaña  
que será mármol  
y será silencio  
por mucho mucho tiempo  
que será yo  
y yo seré tú  
esculpido  
y con un dedo señalará sus orígenes  
acusándonos a todos de sangre fría,  
mirada esquiva.  
Y como todo niño nuevo cara inocente

andarás cogerás montones de arena  
desvanecientes evanescentes,  
llora niño, llora,  
juega con el doble que te anega, que se burla,  
mándalo cada noche a dormir a los pies de la cama  
que al pasar de los años  
te despertarás abrazado,  
obligado a espiar desde el espejo en que te aseas,  
los movimientos agónicos bajo las sábanas  
en tu mismo lado  
a su otro lado de la cama.